

unos de los de la patota gritó enloquecido de dolor que la verja estaba electrizada.

Se volvieron más histéricos que antes: gritaban, amenazaban con las armas, me llevaron hasta la vereda para que desarmara la trampa, y tardó un rato largo para que se convencieran que, simplemente, la casa vieja, húmeda, tenía pérdidas de electricidad y que algunas paredes —especialmente la verja de entrada—, daban pequeñas sacudidas si se las tocaba con la piel desnuda. Ellos, que eran especialistas en pasar 220 voltios por el cuerpo de los prisioneros, estaban aterrizados por una suave caricia eléctrica.

Después se la agarraron con el fondo. Resulta que había una costumbre en la zona que era entrar la basura en la tierra y cuando puntearon un poco, buscando armas encontraron el pozo de basura. Y otra vez la locura.

Me tuvieron cavando por todo el fondo, desenterrando basura que revisaban como con una lupa. Creo que habremos estado como tres horas.

Una extraña tranquilidad me había agarrado después del primer susto.

Esos primeros minutos del interrogatorio feroz de Rebecchi que me tiraba todos los datos que tenía de sobre la Fede tratando de convencerme que él sabía todo, y que era al divino pedo, que cobrara por no decir lo que él ya sabía.

Yo primero vacilé, dije alguna mentira verdadera o alguna verdad mentirosa, pero después me ordené el bocho y empecé a funcionar como tantas veces había imaginado que debía actuar en una situación así.

Había estudiado de memoria el Reportaje al pie del patíbulo de Fucik y sabía que no se podía decir nada, porque una vez que se empieza no se hay forma de parar. Que hay que callar o repetir siempre lo mismo y saber que una vez que se estaba en sus manos no había forma de salvarse. O mejor dicho, que no había forma de no "cobrar".

Pero que había un solo modo de salvarse: era aferrarse a lo que uno era, y saber que lo único que quedaba en

mis manos era esa decisión personal.

Que pasara lo que pasara, quien decidía seguir siendo uno mismo, o dejar de serlo, era uno mismo. Y que eso no te podía arrebatar nadie.

José Carlos Schulman, casado, estudiante de matemática, hinch de Colón y militante de la Fede desde 1967, cuando tenía poco menos de 15 años, podía seguir siéndolo si él quería. Sólo él podía resolver si seguía siendo el mismo de siempre, o aceptaba dejar de serlo.

Una piña más fuerte que las demás me aturdió, recién reaccioné en el Falcon. Yo también atravesaba la ciudad de noche, solitaria, hermosa. Igual que él pensaba que podía ser la última vez en que la atravesaba velozmente en un coche.

Pero a Fucik, que lo llevan del centro de torturas al Palacio Real de Praga ocupado por la Gestapo, con el objetivo de sobornarlo le permiten que vaya mirando por la ventanilla. Para que sufra por lo que va a perder si no acepta el trato. Viene de meses de torturas sabe rigurosamente que no tiene salvación.

Que ya lo han delatado; que un miembro del Comité Central de un Partido Comunista Checoslovaco que practica la resistencia armada al ejército invasor alemán, no tiene salvación.

Por eso su mirada es de una serena tristeza, de una alegría triste, de una tristeza alegre.

Sabe exactamente lo que va a pasar, y está totalmente seguro de lo que él va a hacer.

Mi viaje es el comienzo del calvario, con la cabeza entre las piernas intento adivinar adónde voy pero no puedo; y eso me asusta más todavía.

Antes de salir de la casa me han puesto como capucha un suéter en la cabeza.

Así que no veo nada. Dan vueltas y vueltas, hasta que de repente el Falcon se detiene; abren un portón y entramos en alguna parte. Me bajan a empyjones, me quitan la capucha y me llevan a la celda.

El Mono me recibe y me anima un poco. Le pregunté dónde estamos y me dice que no sabe.

